

brillaría en él, San Francisco de Sales insistía en la necesidad de formar con más cuidado su alma, su corazón y su conciencia. «En cuanto á nuestra Amada, como quiere vivir en medio de la tormenta y tempestad del mundo, es menester, sin duda ninguna, tener con ella un cuidado cien veces más grande, y afirmarla en la verdadera piedad y virtud. Es preciso abastecer mucho mejor su barquilla, y aparejarla convenientemente para resistir al viento y la tormenta; es menester plantar hondamente en su alma el verdadero temor de Dios, y criarla en los más santos ejercicios de devoción (1).»

La señora de Chantal trabajaba en esto con tanto más afán, cuanto que María Amada estaba próxima á hacer su primera comunión; y aunque este acto no se celebraba entonces con la solemnidad que hoy, no por eso dejaba de ser el acto supremo y decisivo de la juventud. La Santa hubiera querido que San Francisco de Sales preparase por sí mismo á María Amada para este importante acto, y el Santo Obispo lo deseaba mucho; pero no habiéndole permitido las circunstancias venir á Borgoña, como esperaba, escribió á la señora de Chantal no lo difriese más. «Si estuviera en esa—le dice el 3 de Marzo de 1608—confieso que hubiera querido ser preferido en preparar á María Amada para su primera Comunión, porque es el acto más digno de conmemoración para un alma destinada á la virtud, como lo es la de esta querida niña; pero es menester que mi deseo no la prive de este alimento celestial en las próximas Pascuas. Me parece, pues, que debéis hacerlo así; y mientras tanto, pido y pediré á nuestro buen Dios la tome por su predilecta y muy amada, dándole el sentimiento de su amor como prenda del que El le tiene (2).»

Y algún tiempo después, con esa amabilidad de la

(1) Carta del 6 de Agosto de 1606.

(2) Carta del 3 de Marzo de 1608.

que muchos creen desprovistos á los Santos, San Francisco de Sales, que no había visto á María Amada desde que era pequeñita, escribía embromando á su madre: «He preguntado á Juan si nuestra querida Amada llevaba ya su moldecito (1), porque no encuentro en esto ningún mal, y ya sabéis que me gustan las cabezas bien modeladas, y si su cabecita está bien modelada como la vuestra, la amaré mucho más. En fin, ¿qué queréis? es menester que las niñas sean un poco bonitas» (2).

Pensando en lo porvenir de sus hijos se decía á sí misma la señora de Chantal que sería muy feliz si alguna de sus hijas se consagrara á Dios, é involuntariamente deseaba fuese Francisca ó Carlota: Francisca, porque su viveza y travesura la hacían temer naufragase en el mundo; Carlota, por lo inocente y angelical que era. Hablaba alguna vez de esto á su Santo director, y todas las respuestas de éste respecto á un asunto tan delicado, llevan el sello de la más alta sabiduría. «Si Francisca—dice el Santo—quiere ser religiosa por su propia voluntad, bueno; de otro modo, no apruebo que se prevengan las determinaciones de su voluntad, sino del mismo modo que á los otros niños, por medio de insinuaciones dulces y suaves (3).» Y poco tiempo después escribe á la señora de Chantal: «Apruebo que hagáis educar á vuestras pequeñas (Francisca y Carlota) en un monasterio, con intención de que luego queden allí, pero mediante dos condiciones: una, que el monasterio sea bueno y reformado; otra, que llegando el tiempo de la profesión, que no puede ser antes de los dieciséis años, se sepa por ellas mismas, con toda fidelidad y entera libertad, si de buena gana y por su gusto y devoción quieren ser religiosas; porque si no tuviesen esta

(1) Especie de adorno de la cabeza que usaban las señoras en el siglo XVII.—(Nota de la traductora.)

(2) Carta del 25 de Junio de 1608.

(3) Carta del 14 de Octubre de 1604.

devoción y afecto, sería un gran sacrilegio encerrarlas en él. Hacedlas conocer todo esto cuidadosa y dulcemente; tal es mi opinión en esta materia » (1).

Había entonces en Puy d'Orbe, en Borgoña, á unas cuantas leguas de Bourbilly y de Monthelón, un monasterio de benedictinas recientemente reformadas por San Francisco de Sales, las cuales estaban gobernadas por una de las íntimas amigas de nuestra Santa, la señora doña Rosa Bourgeois, hermana de la señora Presidenta Bruslard. Resolvió, pues, la Santa enviar allí á sus dos hijas pequeñas, persuadida de que en ninguna parte estarían educadas con tanto y tan maternal esmero, ni podrían conocer mejor su vocación. Pero ahora veremos por qué no pudo realizarse este proyecto, y cómo, felizmente para estas niñas, no tuvieron que dejar nunca á su madre.

San Francisco de Sales tenía una hermanita de trece años de edad, á quien quería mucho porque la había bautizado él mismo, ejerciendo por primera vez sobre esta criatura su ministerio sacerdotal. Como deseaba hacer de ella algo bueno, la entregó á la señora de Chantal cuando ésta hizo su último viaje á Saboya, á fin de que la llevase por sí misma al monasterio de Puy-d'Orbe, donde quería se educase y donde se había convenido irían con el mismo objeto Francisca y Carlota Chantal. Juana de Sales estuvo, en efecto, algún tiempo en Puy-d'Orbe, siendo amable y piadosa, pero sin manifestar ningún deseo de ser religiosa. Sabido esto por San Francisco de Sales, no quiso que Juana continuase por más tiempo en el monasterio contra su gusto, y cambiando de idea, tuvo el pensamiento de confiarla á la misma señora de Chantal para que la educase con sus tres hijas. Las cartas que la escribió con este motivo son lo más amable que se puede imaginar. « No pongo en duda—

(1) Carta del 6 de Agosto de 1606.

le dice—si os he de enviar ó no á mi hermanita, porque además de mi deseo, mi madre lo quiere tan de veras, que lo quiere hasta con impaciencia, desde que ha sabido que esta niña no quiere ser religiosa; de suerte que, aunque yo no lo quisiera, tendría que quererlo. Al efecto, pues, os envió treinta escudos por Lyon, tanto por el gasto que os ocasionará el mandar por ella, como porque es menester que haga alguna fineza á las doncellas de la señora Abadesa, á las cuales no habrá dejado de dar alguna molestia en el tiempo que ha estado allí.

»El cómo se ha de hacer esto, yo no lo sé, y por lo mismo os ruego que os toméis el trabajo de disponerlo todo del modo más conveniente. Temo que la señora Abadesa, vuestra amiga, se enfade un poco; pero ¿qué remedio? ¿Cómo se ha de dejar más tiempo en el monasterio á una niña que no quiere vivir en él toda su vida?» Y después de estos preliminares, añade el Santo, entre serio y jocoso; «y con vos, ¿no será menester algún cumplido para echaros esta carga? Os aseguro que no me sería posible hacerlo; pero os suplico y os ruego, y aun os pido de todos modos, que me pongáis la cuentecita de lo que necesita para su ajuar y equipo, á gusto vuestro, como lo hacen las princesas en España cuando se les dan niñas para meninas, porque esto lo quiero y lo quiero absolutamente; aun cuando sea un sombrerillo de paño, si se lleva en vuestra casa. Ya veis, querida hija mía, que no estoy de mal humor, pero que esto es lo que debéis hacer. Es menester, repito, yo lo quiero, y si el asunto lo mereciese, os mandaría que me dijeseis todo lo que es necesario para esta niña; es decir, para su equipaje, porque en cuanto á su manutención, no digo nada, pues ya sé cuanto me diríais respecto á ello, y que seguramente os enfadaríais. Escribo á vuestro señor suegro, suplicándole tenga á bien consentir en que me hagáis este favor; pero la verdad es que no entiendo

de cumplidos; vos supliréis lo que á mí me falta (1).»

La señora de Chantal recibió esta carta con extrema alegría, de la cual participó toda la familia, porque Juana de Sales era ya conocida y querida de las niñas, habiéndose detenido en Monthelón algún tiempo á su llegada de Saboya: se envió, pues, por ella al monasterio, se la recibió como á una hermana, y renunciando la señora de Chantal al proyecto de separarse de sus dos hijas pequeñas, se aplicó con mayor celo á la importante obra de su educación.

Aunque no hubiera quedado ninguna huella de esto en los monumentos contemporáneos, sería fácil traslucir cuál debió ser el carácter de una educación dada por semejante madre. La señora de Chantal, sin tener en cuenta para esto su santidad, era una mujer muy sólida y muy práctica. Deseaba hacer de sus hijas mujeres útiles, que comprendiesen la nobleza y santidad de su papel en este mundo, y cristianas activas y generosas, capaces de llevar dignamente el peso de sus obligaciones. Se hubiera avergonzado de limitar sus cuidados á que saliesen mujeres de mundo, que brillasen por su talento en las conversaciones. No porque despreciase estas gracias exteriores, que añaden tantos encantos á la virtud, sobre todo en una mujer; pues al mismo tiempo que había buscado para preceptor de su hijo á un eclesiástico distinguido, había hecho venir al castillo de Monthelón á una señorita muy piadosa, llena de habilidades y talento, á fin de que la educación de sus hijas fuese tan brillante como lo exigía su clase. Pero no quería que por cultivar la inteligencia y aprender modales distinguidos, se olvidase la obra, más importante aún, de la educación del corazón, de la que se había encargado ella misma; porque todos los talentos, cualesquiera que fuesen, la parecían de ningún valor, y aun pe-

(1) Carta del 8 de Junio de 1606.

ligrosos, si al mismo tiempo no se desarrollaba en el alma de los niños el espíritu de abnegación y sacrificio, en lo cual consiste esencialmente la educación del corazón.

Cosa digna, en efecto, de ser tenida en cuenta. En nosotros el corazón es el amo; y este corazón, de quien todo depende, no es capaz más que de dos movimientos: se dilata ó se estrecha, se da enteramente á los demás ó sacrifica á los otros á sí mismo. Abnegación ó egoísmo; no hay medio en esto, y el corazón arrastra tras sí al alma en el camino que elige. ¿Quién no comprenderá, pues, la importancia grande de la educación del corazón? La señora de Chantal pensaba sin cesar en ella. Arrancar del alma de sus hijas la más pequeña raíz de egoísmo; apagar el gusto al lujo y los placeres, que secan el alma y la hacen incapaz de hacer ningún sacrificio; habituarlas, al contrario, á las dulces alegrías de la caridad y de la abnegación; y como Dios es sólo origen de este espíritu de sacrificio, unir las íntimamente con El, era lo que preocupaba y deseaba la señora de Chantal. Uno de los más bellos espectáculos que nos ofrecerá esta historia será el ver cómo se manejaba para alcanzar la victoria en una empresa tan erizada de dificultades.

Todas las mañanas, después de haber hecho su oración, hacia las seis en invierno y algo más temprano en verano, entraba en el cuarto de sus hijas, las despertaba y vestía por sí misma, y cuando estaban ya prontas las ponía en círculo á su alrededor y las enseñaba á encomendarse á Dios, sirviéndose para esto del ejercicio de la mañana, que la había enviado el bienaventurado Obispo de Ginebra. Después de este rezo, las hacía meditar algunos minutos sobre una verdad de la Religión, y ya hemos visto con qué claridad y fidelidad lo hacía María Amada, dando cuenta de ello á su madre.

Concluido el ejercicio, todas las niñas se abrazaban,

é iban también al cuarto de su abuelo á darle los buenos días, abrazándole todas. La señora de Chantal iba con ellas, para darles el ejemplo del respeto y amor filial que se debe á los padres ancianos. La Misa se decía sobre las ocho en la capilla del castillo, y todo el mundo asistía, aun los niños más pequeños. Persuadida nuestra Santa que debe considerarse como perdido el día en que no se ha oído la santa Misa, no perdonaba medios ni fatigas, con tal de enseñarles á que asistiesen á ella santamente.

En el curso del día les enseñaba el Catecismo, y les hablaba de Dios con ese acento conmovido que sale naturalmente del corazón de los Santos. Los cinco hijos de la criada, los criados del castillo y los niños pobres de la parroquia, asistían á estas instrucciones; y nada más tierno que ver á esta gran señora, que había brillado en las sociedades mundanas, y á quien habían apellidado la señora perfecta, transformada en humilde maestra de escuela, enseñando á leer y rezar á los niños pequeños. «¡Oh! Verdaderamente—la escribía San Francisco de Sales maravillado por esta conducta—apruebo que seáis maestra de escuela. Dios os lo recompensará, porque ama á los niños, y como decía yo el otro día enseñando el Catecismo, á fin de incitar á las señoras de esta ciudad á que tengan cuidado de las niñas, los Angeles de la guarda de los niños aman con mucha predilección á los que los educan en el temor de Dios y destilan en sus almas tiernas la piedad y devoción (1).»

La señora de Chantal les enseñaba á elevar de cuando en cuando su corazón á Dios, sobre todo cuando daba el reloj, y les hacía decir en voz alta sus oraciones antes y después de las comidas. De este modo depositaba en sus tiernos corazones esos hábitos de oración,

(1) Carta del 11 de Febrero de 1607.

que á un tiempo elevan y fortifican á las almas que son fieles á este santo ejercicio.

Después de cenar se retiraba temprano con sus hijos, les hacía rezar el ejercicio de la noche, á que se añadía siempre un *De profundis* por el Barón de Chantal, su difunto padre; después cada uno hacía su examen, pedía la bendición á su santo Angel, y decía en alta voz con los demás: *In manus tuas*, etc., etc., después de lo cual la señora de Chantal daba agua bendita y su bendición á todos sus hijos, los hacía acostar modestamente á cada uno en su camita, según el consejo de San Francisco de Sales. No tardaban en quedarse dormidos pacíficamente bajo la protección de Dios, de la Virgen y de su buena madre, que se estaba con ellos, sin retirarse hasta que todos estaban perfectamente dormidos. Con estas costumbres de oración, la señora de Chantal se esforzaba en imprimir en el alma de sus hijos el amor al trabajo, más necesario entonces que nunca.

El mundo empezaba, en efecto, á poblarse de una multitud de mujeres sumamente amables, llenas de talento, que brillaban en sus conversaciones encantadoras y en sus cartas interesantes, pero de una vida perezosa y ligera, que ciertamente no merecía la estimación en que hoy se la tiene todavía. Las costumbres antiguas se iban perdiendo, y era muy raro encontrar en algún antiguo castillo, ó en las ricas casas de la clase media, una mujer laboriosa y fuerte, semejante al retrato que nos hace el Espíritu Santo, diciendo que sus dedos toman la aguja, trabajan en lana, y hacen ellas mismas los vestidos á sus hijos y esposos.

Por los severos principios de su primera educación, y aún más por su virtud, la señora de Chantal era la mujer fuerte retratada en las Sagradas Letras. «Nunca se la encontraba ociosa—dicen sus biógrafos;—si venían visitas, las recibía con la labor en la mano; y

por más gente que hubiese en el castillo, se hacía traer siempre su costura.» Una de sus doncellas la rogaba un día que descansase. «¡Oh! no—dijo;—si perdiese el tiempo, creería hacer un robo á la Iglesia y á los pobres, á quienes destino mi trabajo.» Procuraba que sus hijas siguiesen su ejemplo; y en cuanto pudieron tomar la aguja, las enseñó á que hiciesen dobladillos en los lienzos destinados para los vasos sagrados, á bordar sábanillas para los altares, á coser vestidos para los pobres, y, en fin, á no estar nunca sin hacer alguna cosa. Tenía particular gusto en trabajar para los monasterios que sufrían los rigores de la santa pobreza, y para los religiosos que rompen sus hábitos en las fatigas del apostolado. San Francisco de Sales no estaba tampoco olvidado en los trabajos de la pequeña familia. Una vez le envió un corporal, cosido y bordado con esmero. «¿Sabéis—respondía el amable Santo—lo que dije al extender vuestro corporal para la Consagración? ¡Ojalá que pueda extenderse perfectamente el corazón de la que me lo ha enviado, bajo las sagradas influencias de la voluntad de nuestro Salvador!» En otra ocasión le mandaron una larga pieza de sarga, hilada por la señora de Chantal, para que se hiciese una sotana. «¡Oh! y cuánto hereido—escribía el Santo Obispo—viendo vuestro afán de que la sarga que habéis hilado sirva para mi uso, y que dé su valor á los pobres... Pero ¿quién me la apreciará en su justo valor? Porque si quisiera yo dar á los pobres lo que vale, según lo que yo la aprecio, no tendría, os lo aseguro, caudal para ello... Mas, en fin, no repitáis más esto, porque os hago saber que yo no me hago hábitos nuevos todos los años, sino sólo cuando es necesario.»

Acostumbrando así á sus hijas á una vida muy activa y siempre ocupada, la señora de Chantal las evitaba una parte de los peligros que debían encontrar después en el mundo: criándolas con gustos sencillos,

sin grandes composturas ni adornos, las protegía contra los pensamientos de vanidad y los deseos de agradar, que á los quince años empiezan á resfriar la piedad y secar el corazón. Este era uno de los consejos que más repetía San Francisco de Sales. «Procurad quitar á todas—la escribía,—procurad quitar á todas la vanidad, que nace en el alma casi con el sexo.» La señora de Chantal se aplicaba á ello con tanto más cuidado, cuanto que sus hijos, notables por su belleza naciente, eran muy inclinados á la vanidad, tanto Celso Benigno como María Amada, y Francisca aún más. Así no cesaba la señora de Chantal de alabarles la sencillez y la modestia; les enseñaba á ser graves; á estimar á las personas por sus cualidades y no por sus vestidos; á burlarse agradablemente de esas modas ridículas que varían sin cesar, y que son para las mujeres ricas ocasión de tantos gastos y pecados. Un día que había notado en su pequeña María Amada, que empezaba á ser mayorcita, un movimiento de vanidad y de alegría al ponerse un bonito vestido, la llevó á pasear bajo los grandes árboles de la avenida de Bourbilly, y allí, esta santa mujer, que quería que su hija fuese toda de Jesucristo, empezó á decirla con seriedad la vergüenza que debía darnos el tener vanidad de nuestros vestidos, y que éstos sólo debían servir para ruborizarnos, pues que son prueba de nuestra perdida inocencia; que era menester acordarnos del establo y del pesebre donde había nacido Jesús, pensar en la Cruz sobre la cual murió, é imitar á los Santos, que gemían por la necesidad que muchos tenían de llevar vestidos de seda y coronas de oro, cuando Nuestro Señor había llevado una corona de espinas. Añadió para concluir, que si San Bernardo, de quien María Amada tenía la honra de ser pariente, no había querido reconocer á su hermana un día que se le presentó adornada con mucho lujo, María Amada no debía espe-

rar que la reconociese nunca por hija si no renunciaba á la vanidad. Esta lección enérgica hizo sobre María Amada una de esas impresiones que no se borran jamás (1).

Pero no era bastante para nuestra Santa preservar á sus hijos de los peligros de la vanidad, sino que se aplicaba á desarrollar en su alma la caridad, sin la cual la mujer es incapaz de corresponder á su vocación. Lejos de apartarle de los terribles espectáculos de la miseria y del dolor, y aun de la misma agonía, quería que la acompañasen en sus visitas á los pobres. Celso Benigno llevaba el pan, María Amada los remedios y Francisca algún dinero. Esta era su recompensa cuando habían sido obedientes y asiduos al trabajo. Uno de sus mayores castigos era quedarse en casa cuando la señora de Chantal daba su ordinario paseo para ir á visitar á los pobres. Por medio de estas dulces costumbres de intimidad con los pobres, contraídas desde la infancia, la señora de Chantal desarrollaba en sus hijos la unción del corazón, y hacía brotar en su alma esos profundos manantiales de sensibilidad, que parece han desaparecido en nuestros días, porque los niños están educados en la vanidad, que todo lo seca, en lugar de crecer con la edad en la caridad, que conmueve y fortifica.

Y á fin de que el remedio estuviese siempre al lado del mal, si á pesar de la vigilancia de una madre como ésta el mal llegaba á introducirse en el alma de sus hijos, los enseñaba á que amasen la verdad y á tener un corazón transparente y labios sinceros. No había falta ninguna que no alcanzase perdón si se confesaba con sinceridad. Lo que nunca, por el contrario, perdonaba, era el disimulo ó la falta de franqueza y sencillez. Un

(1) Declaración de la Hermana María Luisa de Bussiere. Véanse también *Las primeras Madres de la Visitación*, tomo II, pág. 70.

día que una de sus pequeñas, al salir de la infancia, fingió estar mala para no cumplir con un deber de los que su madre le imponía, la llevó á ésta aparte y la hizo confesárselo todo; no era más que una niñería sin malicia. No obstante, la señora de Chantal, que sabía que los niños que nunca han tenido grandes temores del mal no tendrán nunca grandes virtudes, la reprendió fuertemente, y desde entonces jamás se notó en ella ni sombra de disimulo (1).

Semejante educación, severa y tierna al mismo tiempo, llena de elevación y de fortaleza, no podía dejar de tener éxito; y así, los hijos de la señora de Chantal eran la admiración de cuantos los conocían. No solamente en Dijón y Autun, sino en Saboya, «tenían tal reputación de amables, bien educados y modestos, que se agolpaba la gente para verlos en las casas y en las iglesias (2).» Sobre todo, Amada era la perfecta imagen de su madre. «Aunque no tenía más que catorce ó quince años, se la veía obrar con tanta prudencia, que sobrepujaba á su edad; y no se sabía qué admirar más, si su belleza ó su modestia. Su aspecto era noble y generoso, su trato afectuoso, y tan amable que todos la miraban como un ángel, y tenían mucha confianza en su dictamen (3).» Lo mismo se dice de Francisca, á la cual, sin duda ninguna, costaba más la virtud, y era menos firme y no tan segura en el servicio de Dios; pero, sin embargo, á pesar del petulante ardor de la naturaleza, adelantaba visiblemente en la práctica de la verdadera virtud.

No quiere esto decir que los hijos de la señora de Chantal no tuviesen defectos. ¡Quién podrá lisonjearse de ser perfecto, y menos á los dieciséis años! Pero una

(1) *Las primeras Madres de la Visitación*. María Amada de Chantal, tomo II, pág. 58.

(2) *Memorias*, p. I, cap. XXIII.

(3) *Noticia de María Amada*, por la Madre Chaugy.